

HORIZONTE ROJO

Nº4



EXTRACTO

ROCÍO VEGA

EditorialCaféconLeche

HORIZONTE ROJO
(N.º 4)

REENCUENTROS

Rocío Vega

Este libro es el resultado de mucho trabajo y cariño por parte de la editorial y de su autor. No lo piratees, cómpralo y valóralo para que podamos hacer otros aún mejores.



café **espresso**

Cuando despertó, creyó que Bahuer seguía allí.

Giró sobre sí misma con la sábana enredada en su pierna izquierda. Le apretaba tan fuerte que casi se la había entumecido, pero tardó un momento en reunir las fuerzas necesarias para desenroscarla. El sudor le cosquilleaba por la espalda. Estaba agitada y aturdida; apenas era capaz de reconocer su habitación. Cuando dio la orden para que las luces se encendieran, sintió un latigazo detrás de los ojos que se extendió por todo su cráneo en la dolorosa sinfonía de una resaca palpitante. Kerr giró sobre sí misma y se tendió bocarriba. Había soñado otra vez que Bahuer le pedía perdón y ella volvía a llorar, pero no había sido una pesadilla. Al contrario. Durante el sueño se había sentido aliviada al poder consolarle, tanto que le había besado en los labios. Había sido un buen sueño. El problema, como siempre, era el despertar.

Estaba en su apartamento, sola. Bahuer llevaba muerto casi dos meses. Su cerebro consciente lo sabía porque ella misma le había matado y había arrojado su cadáver al espacio, pero tenía varias veces por semana aquel mismo sueño. Alivio y perdón, y la certeza efímera de que las cosas aún podían arreglarse.

Por eso era un sueño. Rea Kerr nunca arreglaba las cosas. A todo lo que podía aspirar era a cagarla un poquito menos que de costumbre, pero su propia mierda siempre estaba involucrada y no paraba de apilarse.

Rescató su *holo* de entre las sábanas y le echó un vistazo sin cerrarlo sobre la muñeca. Eran las siete. Llevaba durmiendo todo el día y se había perdido la hora de visita.

Otra vez.

Se frotó la cabeza con las dos manos antes de cambiar el modo de exhibición de las ventanas a través del *holo*. En lugar del cielo oscuro y lleno de destellos de los aeromóviles, que desde su casa parecían luciérnagas de colores puestas de estimulantes, inició su tema favorito. La luz que entraba por la ventana tomó los tonos del crepúsculo (rojo, naranja, púrpura, como en la Tierra) y el silencio quedó roto por el repicar de la lluvia contra el cristal.

No era real, claro. Pero no importaba. En el fondo, casi nada lo era.

Desenroscó el tapón de la botella que había dejado sobre la mesita en algún momento del día anterior. De la semana anterior. Dio un trago corto que le quitó el sabor a mierda de la boca y dejó caer las piernas por el costado de la cama para hacer un intento de ir al baño. Al apoyarse en el canto del colchón, un

dolor sordo pareció hundirse en su fémur. Con movimientos lentos y confusos se palpó el muslo y se topó con una enorme inflamación que emanaba el calor de la fiebre. Creyó recordar un golpe, pero su memoria se había vuelto un barro confuso y pegajoso al que se adhería todo, y en su lugar se encontró rememorando una patada aleatoria en sus primeros años de entrenamiento. Cojeó hasta el espejo de cuerpo entero y se miró. Un hematoma del tamaño de un puño le recorría la parte trasera del muslo, a pocos centímetros del culo.

Ah, ya.

Rebuscó en su cada vez más exiguu botiquín una crema antiinflamatoria, una pastilla para el dolor de cabeza y otra para la acidez de estómago. Se las tomó con un trago de agua sin preguntarse si harían efecto juntas. Luego se extendió una buena capa de pomada sobre el hematoma del muslo. Al hacerlo, descubrió que también tenía uno en el codo, y que el hueso le dolía cada vez que hacía el juego de la articulación. Se ocupó de eso, se sentó en el inodoro y orinó mientras apoyaba la mejilla en la pared fría.

La noche anterior volvió a su mente en retazos, aunque le costó distinguir qué pertenecía al pasado más cercano y cuáles eran las otras noches. Aquella noche había sido diferente porque había quedado con la gente del punto de encuentro. Sí. Eso era.

Después de dar vueltas en la cama durante horas, había decidido enviar un mensaje a través del *holo* para salir con unos conocidos que la llevaran a buscar el sueño a las discotecas.

Quince horas antes, Kerr terminó de maquillarse las ojeras. Aunque en las discotecas había oscuridad de sobra para ocultar imperfecciones, quería evitar que creyeran que estaba medio muerta. Ni siquiera se perfiló los ojos. Aquella era una salida rápida para agotarse y morir. Dormir. Agotarse y dormir.

Tomó el tren hasta la zona de marcha. Había bares y discotecas por toda la estación, pero si querías fiesta sin importar la hora, debías acudir al sector B3. Nada más llegar a la parada, Kerr se cruzó con un grupo de humanos y alienígenas tambaleantes, todo risas y palabras arrastradas. Estuvo a punto de unirse a ellos sin pensar, pero la gente con la que había quedado la saludó desde unos metros más allá.

Entró en la Rax.

Trece horas antes, Kerr ya se había bebido dos cubatas y acababa de empezar el tercero. Aún no estaba borracha, pero el baile intenso y desafortunado aumentaba el efecto del alcohol a pasos agigantados. Se había frotado con un par de personas por la costumbre, pero había preferido no ir a más por el momento. Una de las chicas cuyo nombre no se había aprendido le ofreció un tubo pequeño de metal y ella se lo metió en la nariz y aspiró

sin acordarse de que le provocaría el efecto contrario a lo que había venido a buscar.

Doce horas antes, Kerr estaba oficialmente pedo. Tal vez colocada, también. La camisa se le pegaba al pecho por todas partes; el tejido sintético era una porquería. Había perdido la cuenta de la gente que le había metido mano en la pista de baile. No le procuraba placer, pero tampoco le parecía desagradable. Tenía la mente vacía, despejada, y cuando cerraba los ojos y se dejaba llevar por el ritmo casi conseguía sentirse bien.

Algo frío y viscoso le tocó la cara. Lo apartó de un manotazo. Un goriano y su amigo rae'loc la miraban con diversión. Se separó de la columna contra la que se había mecido las últimas tres canciones y les dirigió una mirada feroz.

—¿Qué cojones hacéis?

—Te estabas quedando dormida —dijo el rae'loc con una sonrisilla cruel.

—No me estaba quedando... —El goriano volvió a levantar el dedo para intentar rozarla y ella le empujó—. ¡Que no me toques, bicho! —Trató de agarrarle del mono, pero la agilidad goriana superó a sus reflejos mermados—. ¿Tú sabes quién soy? Me he quedado con tu cara. Como te vuelva a ver, te mato.

Los dos alienígenas se echaron a reír y se alejaron de ella en busca de otra persona a la que molestar. Kerr bufó y se secó el sudor con el dorso de la mano. No tenía ni idea de dónde estaba la gente con la que había quedado, pero había fragmentos de una conversación en la que le decían que iban a cambiar de local y ella se negaba. A su lado había un vaso que creía reconocer. Le pegó un trago sin que su procedencia le preocupara de veras.

Once horas y cincuenta minutos antes, Kerr vio a Kirsten al otro lado de la pista de baile.

Le pareció que la canción que retumbaba en la sala era la misma que había reconocido en la cabina de la piloto hacía muchísimo tiempo. Antes de que le volasen la cabeza. Kirsten le había revelado que solía salir por la Rax y ella había respondido con incredulidad. Le costaba imaginarse a la ingeniera en aquel sitio, sobre todo por su abstinencia, pero debía de ser verdad. Tenía que ser verdad.

Bailaba con abandono, con una gracia insoportable. Su pelo rubio se meneaba bajo los focos recogido en una trenza. Le había crecido muy rápido, ¿no? La última vez que la había visto, en el hospital, lo tenía cortado al rape.

No podía ser.

Se metió entre los bailarines y los apartó sin cuidado. Hubo hombros y codos que se le clavaban en las costillas, y un

enorme arriano estuvo a punto de derribarla, pero al fin llegó hasta Kirsten. Tenía la misma figura escueta y flexible. La trenza se movía de un lado a otro, como su cabeza, y se enroscaba sobre su propio cuello. Era un poco más alta, pero no se dio cuenta hasta que la tomó de la muñeca para girarla.

—¡Kirsten!

No era Kirsten. Kirsten estaba en el hospital. Kirsten no podía ponerse de pie y mucho menos bailar así. Claro que no era Kirsten.

—¿Quién? —La Kirsten falsa sonrió—. ¿Qué?

Kerr entrecerró los ojos. Su nariz era más larga y más ancha, y la cara algo más cuadrada. Llevaba maquillaje tribal, con los ojos perfilados y sombreados de negro y una franja oscura de lado a lado. Sus orejas estaban cuajadas de pendientes. Aunque era delgada, tenía los hombros tan anchos como ella y el pecho totalmente plano. No, no era Kirsten.

—¿Quieres bailar? —preguntó entre dientes.

En algún momento, entre once y diez horas antes, habían acabado en el baño. Le había dicho que se llamaba Alex, pero a Kerr se le escapaba el nombre de Kirsten de vez en cuando. A Alex no le importaba demasiado. Cuando se besaban, la nariz de

Kerr se llenaba con el olor del maquillaje. Eso no pasaba con Kirsten.

Al pasar la lengua por su cuello, la sal del sudor y la amargura de la colonia se instalaron en su paladar. Bajó las manos por su pecho y enredó los dedos en los agujeros de la camiseta de rejilla. Ella —o él, lo mismo daba— le mordisqueó la oreja.

—¿Me la chupas? —preguntó en un murmullo, y Kerr no tardó en obedecer.

Se sentó en el inodoro, cuya tapa estaba limpia de milagro, y maniobró con el botón del pantalón para abrirlo y bajárselo. La polla se le abultaba bajo el calzoncillo a media erección. Kerr no tenía tiempo para preámbulos. Tiró de la goma elástica para liberarla y metérsela en la boca.

Hacía tiempo que no se la chupaba a nadie. Solía ser divertido. Tal vez consiguiera que volviese a serlo. No tenía mucha saliva en la boca y eso era un problema, pero Alex no parecía requerir la mejor mamada de su vida. Apenas había empezado y ya tenía la cabeza apoyada en la pared del cubículo mientras miraba a las placas desiguales del techo con expresión complacida.

Kerr suspiró y siguió a lo suyo. Era un movimiento mecánico, hipnótico. Cuando movía la cabeza, el alcohol le

bailaba dentro del cráneo. Le encharcaba el cerebro. No había placer, no había excitación, no había nada. Los labios se le entumecían. Quizá fuese la borrachera. Alex le acarició la cabeza, sin presionar. Kerr agradeció la cortesía, pero hubiese preferido que se abstuviera de tocarla. En el fondo, todo lo que quería era seguir chupando una polla sin dueño, sin nombre, sin sabor. Trasladarse a otro universo donde nada ni nadie importara, donde pudiera dormir de una vez y no hubiera esnifado nada.

Alex dijo algo y se revolvió. No lo escuchó. Notó una vibración y el chorretón de semen que se derramaba sobre su lengua con un sabor medio amargo y medio salado, como el de su cuello. Alex la tomó de las mejillas y la besó antes de que Kerr levantase la tapa del váter para escupir.

Cuando se puso de pie, Alex la tocó por encima del pantalón.

—¿Qué haces? —preguntó Kerr con genuina confusión.

—¿No quieres? —Alex sonrió otra vez—. A mí me gusta hacerlo.

Kerr dudó. No tenía ganas de que la falsa Kirsten la tocara. Era como si ya hubiese obtenido de ella lo que quería y no quedase más que hablar. Pero luego pensó que le daba lo mismo masturbarse en su casa, sola, que con una Kirsten que no era Kirsten. Al menos la segunda opción le ofrecía compañía.

—Déjame a mí —indicó Kerr—. Me puedes besar, si quieres.

Se metió la mano en el pantalón y Alex la rodeó con los brazos. La proximidad resultaba algo abrumadora, pero los labios en su cuello y unos hombros que agarrar eran agradables. Kerr se acarició con rapidez torpe. Apoyó una pierna sobre la tapa del inodoro y aprovechó el fácil acceso para afinar la puntería. Alex la besaba con demasiada lengua. Kerr apartó la cara y dejó que siguiera a lo suyo en el cuello. Cerró los ojos y trató de imaginarse algo bueno. Recordó aquella vez, en la nave, semanas atrás. Habían follado en el suelo y Kirsten se había subido encima de ella, abarcándola como Alex lo hacía ahora contra la pared del cubículo.

—No estoy acostumbrada a hacer esto con chicas más grandes que yo —había dicho Kirsten entre risas mientras le metía tres dedos y ella movía la cadera contra ellos. Joder, había estado tan excitada en aquel momento que le habría cabido la mano entera—. ¿Me vas a dejar encima más a menudo?

—Calla y muérdeme —murmuró Kerr.

—¿Qué? —preguntó Alex—. Vale.

Los dientes de la Kirsten falsa se clavaron en su cuello. Los dedos de la Kirsten de verdad se hundieron hasta los nudillos.

Kerr gruñó con un espasmo y se retorció. Se apoyó en el pecho de Alex hasta que las oleadas pasaron. No tardó mucho.

Salió del baño tambaleándose. Un robot de limpieza frotaba una pintada sobre lo guarros que eran los humanos en uno de los espejos más alejados del cubículo. A su lado, una goriana que se rehidrataba con un grifo en modo de aspersión los miró de reajo. Kerr apenas reparó en ella. Abrió el grifo y se lavó las manos y la cara, sucia de maquillaje negro, y bebió un trago largo para quitarse la mezcla de sabores de la boca.

Alex se recompuso el atuendo como mejor pudo. Sus pendientes tintinearón.

—Hey, ¿quieres mi contacto? —preguntó con interés.

Kerr negó con la cabeza.

—No puedo volver a hacer esto. Lo siento. Contigo no.

Entre once y diez horas antes, Kerr salió de la Rax y volvió a la estación de tren. No se fijó en los otros juguistas hasta que se chocó con el goriano y el rae'loc de la discoteca.

—¿Qué queréis, bichos?

La empujaron. Ella les devolvió el empujón. Ellos empujaron más fuerte.

Perdió el equilibrio y resbaló en uno de los escalones. Bajó varios de golpe y aterrizó de espaldas en mitad de la escalera de la estación. Oyó voces preocupadas a su alrededor. Alguien le preguntó que si estaba bien. Se había mareado y le ardía el culo. Apenas notaba el brazo.

Si podía andar, no debía de haberse roto nada.

Nueve horas antes, Kerr se quitó los pantalones y la camisa y se metió en la cama.

Nueve horas después, allí estaba, meando una borrachera con una resaca considerable.

Pero podrían haber sido nueve días, o nueve milenios.

Se sirvió un dedo de ginebra y se lo bebió mientras contemplaba el desorden de su cocina. El suelo frío le quemaba en los pies. Tendría que pensar en ponerse algo de ropa.

El *holo* vibró sobre su muñeca, hostil. Kerr frunció el ceño. Bebió otro dedo más antes de molestarse en revisar los mensajes.

Rurik: Kerr, ¿dónde te has metido?

Rurik: Llevamos esperándote en la dársena casi una hora.

Hawke dice que se va a ir sin ti.

Rurik: ¿Saliste ayer otra vez?

Rurik: Joder, espero que estés durmiendo la mona.

Rurik: ¡Kerr, contesta!

Mierda. Se le había olvidado por completo.

—No lo sé, Kerr. Quiero intentarlo contigo de nuevo. —
Rurik sonrió—. Necesito creer que puedo.

★ CRÉDITOS ★

“Horizonte Rojo (n.º 4)” © Rocío Vega, 2017

www.rociovega.es

La saga Horizonte Rojo es © Rocío Vega, 2016 - 2017

Otros títulos relacionados:



Editores de colección:

Diana Gutiérrez y Ricardo Cebrián

Cubierta: Sara Pérez (<http://prez.artstation.com/>)

Corrección y maquetación: Diana Gutiérrez, Ricardo Cebrián y
Laura Urchaga

Si te ha gustado este libro, por favor, escribe un comentario en Amazon, Goodreads o la plataforma donde lo hayas adquirido (iStore, Google Play, etc.). Tu opinión es muy importante para nosotros y ayuda a que otras personas conozcan nuestros títulos.

© 2016 Editorial Café con Leche

www.editorialcafeconleche.com



